



# LA NOCHE INQUIETA

## FANTASÍA

I.

La última luz.

Hay unas horas sin hora  
En que nuestras horas cesan,  
Horas que en el alma pesan  
Como inmensa eternidad.  
Unas horas sin oriente,  
Sin occidente y sin nombre,  
En que atosigan al hombre  
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere  
Escuchar algo el oído,  
Y el aire no tiene ruido  
Que poderle dar á oír;  
En que quiere hablar la lengua  
Y se detiene medrosa,  
Porque teme alguna cosa  
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros  
Miramos lo que no vemos,  
En que delirar creemos  
Y deliramos creer:  
Horas en que duerme entero  
Este mundo que habitamos,  
Y nosotros despertamos  
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,  
Como antípodas del día,  
Estas horas de agonía  
Caminando amargas van:

El tiempo abortó esas horas  
Para el alma que medita,  
Que el cuerpo no necesita  
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño  
Del labrador fatigado,  
Sobre el sueño descuidado  
Del indolente señor;  
Sobre el del tranquilo esposo,  
Y el del necio indiferente,  
Y el de la hermosa inocente  
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa  
De la madre cariñosa,  
Que amante, madre y esposa,  
En un amor goza tres:  
Pasan respetando el sueño  
Del olvidado mendigo,  
Que al dar á la sien abrigo  
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto  
De algún pensador profundo,  
Que aguarda más ancho mundo  
De este otro mundo detrás;  
Buscan al hombre que piensa,  
Y que al pensar que es eterno,  
Cambiará por un infierno  
El posible de ser más.

Al asentarse en su lecho  
A sus párpados llamando,  
El ánima, despertando,  
Por el párpado miró.

Presentósele la sombra  
Como imagen de la nada,  
A la roja llamarada  
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,  
Mira, y los ojos ven sombra,  
Habla, y el eco le asombra  
Sin responder á su voz:  
Sólo aprende que es de noche,  
Que su mente inquieta vaga,  
Que su lámpara se apaga  
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado  
El cuerpo con la costumbre,  
El ojo busca la lumbre,  
Busca el oído rumor;  
Y el alma, sin luz ni ruido  
Que su pensamiento estorbe,  
Vuela libre por el orbe  
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada  
A la cárcel de la tierra,  
Vuelve al cuerpo que la encierra  
Para meditar en él.  
Entonces, sujeta al cuerpo,  
Mar que en las rocas se estrella,  
Para sentir como aquélla  
Sentidos le presta aquél.

Débil como el cuerpo entonces,  
Por ojos de carne mira,  
Y ve lo que ver delira  
Por aquel turbio cristal.  
Ve que la lámpara seca  
La luz postrera derrama,  
Y ve en la convulsa llama  
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,  
Llamaradas de un momento  
Que alumbran el aposento  
Para ofuscarle otra vez;  
Que confundiendo las formas,  
Dando espacio á los objetos,  
Pintan manchas y esqueletos  
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante  
Que en torno al pábilo flota  
Aérea, vibrante, rota,  
De indefinible color,  
Dibuja en los pardos vidrios  
Y en las blancas muselinas  
Creaciones peregrinas  
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes  
De diabólicos contornos,  
Que en colgaduras y adornos  
Nos parece ver girar;  
Ya son gigantes monstruosos  
Que desaparecen livianos,  
Ya ridículos enanos  
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,  
Ya son repugnantes viejas,  
Ya son fantasmas distantes,  
Negras visiones *sin luz*;  
Ya son vivientes que pasan,  
Ya son antorchas que cruzan,  
Cuyo fulgor desmenuzan  
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío  
De estrellas rojas orlado,  
Ú hondo hueco iluminado  
Por agonizante hachón;  
Ya pardos grupos de sombra,  
Ya misteriosos paisajes,  
Ya pabellones de encajes  
O tapices de crespón.

La llama trémula, en tanto,  
De un momento á otro momento  
Su resplandor ceniciento  
Amaga inquieta matar:  
Flota en el aire exhalada  
Del pábilo desprendida,  
Y torna, al pábilo asida,  
Segunda vez á brotar.

Ó lame blanda los bordes  
Del vaso que la contiene,  
Y á reconcentrarse viene  
En el pábilo otra vez:

Y moribunda vacila,  
Como vibra y pestañea  
Mal herido en la pupila  
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,  
De nuestro pavor objeto,  
Viene á revolver inquieto  
De la llama en derredor;  
Y en su fantástico vuelo  
Cruzando la luz, parece  
Que aumenta en formas y crece  
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,  
Luego flotando aparece,  
Y con la llama se mece  
Cual si la hiciera vivir;  
Mil veces la hiende y cruza,  
Cual si un espíritu fuera  
Que danzara en una hoguera  
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama  
Volar errante zumbando,  
Ó bien, las alas plegando,  
La opaca lumbre beber;  
Se le ve en el vidrio hueco,  
Sobre sus pies transparentes,  
Sus pasos indiferentes  
De uno á otro lado mover.

Y si, del fuego aturdido,  
La claridad evitando,  
Y su vuelo acelerando,  
Se le ve cerca pasar,  
El rostro se hunde en las ropas;  
Y mientras el miedo pasa,  
La luz, que ilumina escasa,  
Se acaba al fin de apagar.

## II

## El silencio y la oscuridad.

Cuando tras vela afanosa  
Fatigados nos dormimos,  
Soñamos con lo que vimos  
Ó lo que creímos ver.

Así en tropel misterioso  
Se agitan confusamente  
Los delirios que la mente  
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan sólo,  
En ella se cobijaron,  
Y dentro de ella aguardaron  
De revelarse ocasión;  
Que esos fantásticos sueños  
Que turban nuestro reposo,  
Del ánimo religioso  
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda,  
Por descuidado que viva,  
En algo el creer estriba  
Y en algo estriba el dudar;  
Y alguna vez engañado  
Por las que creyó evidencias,  
En sus dudas y creencias  
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,  
La voz y la compañía  
Que nos da la luz del día,  
Impiden pensar tal vez;  
Y entonces creencias, dudas,  
Dentro del ánimo callan,  
Y en él guarecidas hallan  
Asilo en su timidez.

Por eso en orgía insensata  
El disoluto mancebo  
Dice: «En el licor que bebo,  
Ahogo cuanto creí.»  
Por eso, en placer sumido,  
Dice el embriagado amante:  
«Yo no creo en este instante,  
¡Vida mía!, más que en ti.»

Por eso ante sus monedas  
El jugador avariento  
Dice con audaz acento:  
«Creo en el oro y no más.»  
Y por eso el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza,  
Dice osado á su venganza:  
«Honra, satisfecha estás.»

Pero si en la noche umbría  
Tras sueño inquieto despierta,  
Cada sentido una puerta  
A sus creencias le da;  
Y duda, y teme, y vacila,  
Y azorado el hondo pecho,  
En derredor de su lecho  
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada,  
Al matar la última lumbre  
Dejó sombra en la techumbre,  
Dejó sombra en la pared;  
Cerrado dentro la alcoba,  
El aire falto de ruido,  
Escucha en vano el oído  
La voz de la lobretez.

En vano miran los ojos  
La sombra descolorida;  
Con una ilusión mentida  
Vienen á topar al fin;  
Doquier que avaros se tornan,  
Ven una masa uniforme,  
Una sombra espesa, enorme,  
Que no se ciñe á confín.

La mente duda medrosa,  
Los sentidos se adormecen,  
Y embriagados se estremecen  
Con cada nueva ilusión:  
Todo en la mente se agita,  
Todo en la mente se embota,  
Todo en torno nuestra flota  
En callada confusión.

Y á tanto mirar los ojos,  
A tanto oír los oídos,  
Fatigados, aturdidos,  
Rumor oyen, sombras ven;  
El ánima se amedrenta,  
Y brotan los pensamientos  
Medrosos y antiguos cuentos  
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco  
De un cabello que tropieza  
Nos retumba en la cabeza  
Con chasquido colosal;

Entonces semeja el roce  
De la ropa mal plegada  
La voz seca y prolongada  
De rápido vendaval.

Entonces es cuando el ruido  
De nuestro azorado aliento  
Nos parece el sordo acento,  
La lejana confusión  
De las invisibles alas  
De aves mil desconocidas,  
Que van cruzando perdidas  
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos  
Huellas de pies recelosos  
Y vagidos vaporosos  
Que se apagan al nacer;  
Y crujen en las vidrieras  
Confusos sacudimientos,  
Y aullidos, gritos y acentos  
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos  
A compás de estos rumores  
Mil fantásticos colores,  
Sombras y delirios mil;  
Bultos que ruedan informes,  
Círculos de luces bellas,  
Vagas y raudas centellas,  
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto  
Pasan, corren, flotan, vuelan,  
Y se apagan y rielan  
Sin tener luz ni color;  
Y parece que, cruzando  
Por las tinieblas oscuras,  
Arrastran sus vestiduras  
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,  
De esencia desconocida,  
Delirios sin voz, sin vida;  
Nada pueden, nada son:  
Mas sin cuerpos ni colores,  
Tienen cuerpos y semblantes  
Que los ojos delirantes  
Les prestan en su ilusión.

Les presta voz el oído,  
Y movimientos la mente,  
Y vienen confusamente  
Mente y oído á acosar;  
Y mente, y ojos, y oídos,  
Con tan fantástico empeño  
Alejan el blando sueño  
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire  
Peregrinas ilusiones  
Y frágiles creaciones  
De la duda y de la fe,  
Donde entre iguales contornos,  
Una en otra confundida,  
La miseria de la vida  
Y la religión se ve.

Allí, entre un miedo mundano  
Y entre una creencia errada,  
Va una idea de la nada  
Ó una olvidada verdad;  
Y en tan cumplidas tinieblas,  
En silencio tan completo,  
Se transparenta un objeto  
Inmenso.....: la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda  
Cuando á solas en su lecho,  
En el reloj de su pecho  
Sus horas contando está?  
¿Quién no cree y no duda entonces  
En el silencio y la sombra?  
¿Quién pensando no se asombra  
Lo que existe *más allá*?

Porque esos seres aéreos  
Que en redor nuestro sentimos,  
El rumor que percibimos  
En torno nuestro bullir;  
Aquel extraño delirio,  
En que creemos dudando  
Que hay quien nos está mirando  
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso  
Con que la sombra murmura,  
Esa luz leve, insegura,  
Que radia la oscuridad;

Ese temor sin objeto  
Que la sombra nos infunde  
Y en la mente nos confunde  
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno  
Que nos asalta y aterra,  
Que con nosotros se cierra  
Importuno á combatir;  
Que en monótona algazara,  
En ronco y sonoro ruido,  
Acosa nuestro descuido  
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto, á quien juzgamos  
En nuestra aficción medrosa  
Un ser, un soplo, una cosa,  
Que nos dice *no sé qué*,  
Un *no sé qué* misterioso  
Que nos traspasa de miedo,  
Que de un labio revoltoso  
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño  
Con que dormir procuramos,  
Y con quien tanto porfiamos,  
Que hace inútil nuestro afán,  
Son voces de nuestra nada  
Que soñando comprendemos,  
Y que á gritos—si creemos—  
Preguntándonos están.

Por eso, si en órgia inmunda  
El disoluto mancebo  
Dice: «En el licor que bebo,  
Ahogo cuanto creí»;  
Por eso, si en sus placeres  
Dice el insensato amante:  
«Yo no creo en este instante,  
¡Vida mía!, más que en ti»;

Por eso, si ante su oro  
El jugador avariento  
Dice con seguro acento:  
«Creo en el oro y no más»;  
Por eso, si el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza  
Dice altivo á su venganza:  
«Honra, satisfecha estás»;

En la sombra de la noche,  
Con su corazón á solas,  
Luchan con las turbias olas  
De la duda y el temor:  
El uno por sus festines,  
El otro por su dinero;  
Por su honor el pendenciero,  
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,  
Ese crepúsculo vago,  
Son el reflejo, el amago  
Del final de nuestro sér:  
Y dudar en el silencio,  
Temer en la sombra oscura,  
No es ni duda ni pavura,  
Es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio  
Reflejan la eternidad  
Como la luz de los cielos  
Reverbera en un cristal;  
Y recordando su polvo  
A la flaca humanidad,  
Son clamor de nuestra nada  
Que diciéndonos está:  
«Creed, ó velad.»

Que el no atreverse á creer  
Es decidirse á dudar,  
Y dudar es tener miedo  
De creer una verdad;  
Dudar es estar en vela,  
Crear es tranquilo estar,  
Y es fuerza por duda ó miedo,  
Puesto que tan juntos van,  
Crear ó velar.

Pues no es más el corazón  
Que un indestructible altar  
De donde nuestras creencias  
No se separan jamás;  
Y el jugador y el valiente,  
Y el disoluto galán,  
Tienen allá en la alta noche  
Un momento sin solaz  
En que sus vagos temores  
Y su inquietud y su afán

Les están diciendo á voces  
En la muda oscuridad:  
«Creed, ó velad.»

Que ese rumor del silencio,  
Y esa ráfaga fugaz  
Que deliramos que alumbraba  
La callada oscuridad,  
Y ese temor sin objeto,  
Y ese insecto pertinaz  
Que zumba, y silba, y se agita,  
Sube y baja, y viene y va,  
Y ese empeño, esa porfía  
Con que en nuestro torpe afán  
Procuramos el descanso,  
¡Vive Dios! que no son más  
Que el miedo á nosotros mismos,  
Que nos impone tenaz  
Crear ó velar.

Es la sombra incomprensible  
De ese oculto *más allá*  
Tras de cuyo pensamiento  
No alcanzamos á ver más  
Que lo que envuelve la noche:  
*Silencio y oscuridad.*

## III

## El amanecer.

Y al fin de tanto temer,  
Tanto soñar sin dormir,  
Y tanto afán,  
El alba esperando ver,  
Cerrándose sin sentir  
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos,  
Vuelven á abrirse otra vez  
Lentamente,  
Mas apenas los abrimos,  
Tornan á su lobreguez  
Muellemente.

Y todavía creemos  
Que sentimos y miramos  
Desvelados,  
Y lo que oímos y vemos  
Es sólo lo que soñamos  
Fatigados.

Pasan un punto en la mente  
Como una sombra fugaz  
Sin contorno.

Y en la duda vacilando  
Si velamos ó dormimos,  
Nos parece  
Que el sueño á que nos rendimos  
Nos va la luz apagando  
Que amanece.

Y pasando del dudar  
Al descanso del dormir,  
Olvidamos  
Lo que nos vino á turbar  
Y lo que pudo existir  
Ó soñamos.

Y al despertar otro día  
Ya no guardamos memoria  
Ni recelo  
De la inquietud y agonía,  
De la fantástica historia  
De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías  
Las horas de nuestros días  
Revoltosos,  
Las noches de dudas llenas,  
Los días llenos de penas  
Y azarosos.

Las noches creyendo ver  
Lo que tenemos de creer  
Y dudamos,  
Y los días sin pensar  
En lo que hemos de soñar  
Cuando durmamos.

¡Oh! Verted blando beleño,  
Tardas noches, en mi sueño  
Al resbalar,  
Y tras sueño inquieto y largo  
No tenga un recuerdo amargo  
Al despertar.

Todavía en la cabeza  
Se agitan los pensamientos  
Confundidos,  
Y con lánguida pereza  
Dejamos sus movimientos  
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones  
Que nuestro capricho loco  
Nos fingía,  
Sus medrosas ilusiones  
Desvanecen poco á poco  
Con el día.

Una luz tibia, insegura,  
El quicio de alguna reja  
Iluminando,  
Sobre la pared oscura  
La luz que fuera refleja  
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo  
Que se pierde en el flotante  
Polvo leve,  
Aquel insectillo esquivo,  
Cruzando á su torno errante,  
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,  
Sube y baja, y huye, y viene  
Sin recelo,  
Y se pierde y se retira,  
Y sobre la luz se tiene  
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana  
El esquilón nos despierta  
Un momento,  
Y en una ilusión liviana  
Concibe la luz incierta  
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente  
Y el insecto pertinaz  
Que bulle en torno,

